

Fecha: 27/02/1991

Título: Los pacifistas

Contenido:

Pasé por Grosvenor Square y frente a la mole de la embajada norteamericana vi, bajo la nieve, una banderola pidiendo la paz en el golfo y dos viejitas montando guardia a sus pies. Tenían un pequeño brasero para calentarse, pero con una temperatura de diez grados bajo cero no debía servirles de mucho. Les pregunté y me explicaron que hacen turnos de cuatro horas, por parejas, de día y de noche, y que hay otros puestos pacifistas cerca de Downing Street, la residencia del primer ministro y del Ministerio de Defensa, en Whitehall.

Igual que estas viejitas hay otras en Inglaterra que, más bien, apoyan la guerra de los aliados contra Sadam Husein. Han fundado una asociación para enviar cartas y regalos a los soldados que sirven en el frente y para dar ánimos y mantener informados a sus familiares. Siempre he pensado que la salud de la democracia británica se debe a las viejitas. Son ellas las que acosan a parlamentarios, funcionarios y ministros con quejas o peticiones que suelen encontrar el camino de la prensa, las que mantienen articulados a la sociedad civil y a los partidos políticos, las que hacen el trabajo de hormigas en las elecciones y quienes, en verdad, las ganan o las pierden. Estoy seguro de que a ellas, no a la mítica protección del rey Arturo, se debe que ningún invasor después de los romanos haya puesto los pies en la isla.

Las viejitas son también el nervio del movimiento pacifista británico que, en estas últimas semanas, ha organizado dos exitosos mítines en Trafalgar Square. Desde la campaña contra la Guerra de Vietnam no se había visto una concurrencia parecida en actos de esta índole. Fui a curiosear y allí estaban redivivas algunas caras de los sesenta, como la del aristócrata radical Tony Benn, la de Vanessa Redgrave y la de un irredento amigo trotskista a quien no veía hace veinte años. Le pregunté qué opinaba de los trastornos en la URSS y los países del Este y me respondió, con un brillo tierno en los cansados ojos: "Que ha llegado la hora del León Davidovich". Una parte de los manifestantes de Trafalgar Square eran pacifistas tácticos. Estaban allí por odio a Estados Unidos y el sistema occidental, no por amor a la paz. Pero había muchas viejitas que –meto mi mano al fuego por ellas– se manifestarían igual contra cualquier conflagración en cualquier punto del planeta.

Esas mujeres entonces son peligrosísimas, igual que todo el que piense como ellas. El pacifismo parece un sentimiento altruista, inspirado en una ecuménica abjuración de la violencia y el sueño de un mundo sensato y dialogante, en el que todos los conflictos entre naciones se resolverían en una mesa de negociación y en el que habrían desaparecido las armas. Es una hermosa fantasía, pero quien cree que la mejor manera de hacerla realidad es oponiéndose a todas las guerras por igual –a la guerra en abstracto– trabaja, en verdad, porque el mundo sea una jungla dominada por hienas y chacales y porque las ovejas sean exterminadas.

Porque la guerra en abstracto no existe. Sólo existen guerras concretas y aunque todas son atroces y causan víctimas inocentes –unas más que otras desde luego– cada una tiene un contexto, unos protagonistas y una problemática, que le da su configuración particular. Los pacifistas eluden estos asuntos o los descartan como secundarios y esgrimen sólo aquellos argumentos que nadie, a menos de ser lunático o sádico, puede refutar: los hogares destruidos, los niños quemados, las cosechas arrasadas. Y, en este caso, la imagen del pobre país atrasado al que prometen las reparaciones de los perjuicios de la tecnología y de una cultura que...

En sus *Reflections on Ghandi*, Orwell desafió a aquellos pacifistas, que “eluden las preguntas incómodas” y adoptan “la estéril y deshonesto tesis de que en cada guerra ambos bandos representan lo mismo y, por eso, no importa quién gane”, a responder, en torno a la segunda guerra mundial, a estas preguntas: “¿Y qué de los judíos? ¿Aceptan ustedes que los exterminen a todos? Y si no, ¿qué proponen para evitarlo, excluida la opción de la guerra?”.

Los pacifistas de nuestros días deben responder si están de acuerdo en que Iraq se engulla a su pequeño vecino, Kuwait, y de este modo pase a ser el país con más reservas de petróleo en el mundo. Y si aceptan que, reforzada así su economía, Saddam Hussein desarrolle aún más su maquinaria militar, las armas químicas y bacteriológicas que ya han usado contra Irán y su propio pueblo –los kurdos– y las atómicas que ha prometido usar contra Israel, para conseguir su objetivo de unificar a la “nación árabe”, aun cuando ello cueste más del millón de muertos que significó su guerra con Irán.

Lo que está en juego pues no es la paz contra la guerra, sino una guerra, la de los aliados, contra las guerras que el dictador de Bagdad ya ha desatado y las que se propone desatar. Los Scud lanzados a Tel Aviv y Jerusalén, que tanta popularidad parecen haberle ganado entre las masas árabes, son una prueba rotunda de que el personaje es coherente y hace lo que dice. Quienes quieren atar las manos de los aliados y sacarlos del golfo como sea no luchan por la paz. Luchan porque Sadan Husein gane sus guerras, contra Israel, contra los regímenes moderados de Oriente Medio, contra sus vecinos y contra todos los árabes que podrían resistirse a ser "unificados" bajo la férula del nuevo Nabucodonosor.

La intervención en el golfo no es contra la dictadura de Sadan Husein. Tener un régimen democrático o despótico, ser gobernado por alguien responsable o por un sátrapa, es (debería ser) una decisión soberana en cada país. Si el pueblo iraquí quiere a Sadan Husein, es su derecho. Muchos países de nuestros días han elegido la barbarie y esa decisión debe ser respetada, por supuesto. Pues eso que llamamos la civilización no prende nunca si es impuesta. Ella debe ser construida desde sus cimientos por cada sociedad, a base de convicciones, sacrificios, reformas, aclimatada y abonada por aquellos mismos que va a beneficiar. Es la única manera de que se vuelva carne y sustancia de un país.

La Guerra del Golfo no es para evitar que Sadan Husein siga haciendo fechorías con los suyos: asesinando disidentes, gaseando kurdos, gastando cuantiosos recursos en erigir el cuarto ejército del planeta. Ese es un problema que deben resolver los iraquíes, si creen que tal problema existe. La razón de la guerra es impedir que las fechorías de Sadan Husein sigan desparramándose fuera de las fronteras de Iraq y llevando al extranjero el horror y la muerte que causan dentro de ellas. Es ahorrar las infinitas muertes de inocentes que seguirá provocando si no se le ataja de una vez.

Quienes dicen que ésta es la guerra del petróleo dicen la verdad. La anexión imperialista de Kuwait, además de violar el derecho internacional, pone en manos de Sadan Husein un instrumento capaz de hacer estragos en el globo. Pero no es cierto que esta arma dañaría sobre todo a los países desarrollados, que tienen almacenadas importantes reservas y que demostraron, durante la crisis provocada por los productores de crudo, que podían capear el temporal con fuentes alternativas y estrictas políticas de conservación de energía, mucho mejor que los países pobres. La inmensa mayoría de éstos importa petróleo y son ellos quienes pagarían la factura más cara si los precios del crudo se disparan.

Iraq no es un país pobre, sino riquísimo. Si los iraquíes no tienen el alto nivel de vida que podrían tener es porque su petróleo ha servido para comprar tanques y aviones y para

construir centrales nucleares en lugar de escuelas, tractores, hospitales, fábricas y bibliotecas. Y porque vivir en el oscurantismo y el despotismo no suele hacer progresar a los países. Ojalá que uno de los resultados de la Guerra del Golfo sea librar a Iraq del régimen que ha malgastado de ese modo criminal su riqueza. Pero ésta no puede ser la meta de los aliados. Sólo del pueblo iraquí.

Si no hay manera de evitar a veces esa cosa horrible que es la guerra –y éste es uno de esos casos– conviene no hacer trampas y decir con quién se está y por qué. Quienes encabezan el esfuerzo militar de la coalición son países que, amparados por resoluciones de las Naciones Unidas y principios de derecho internacional –que en teoría al menos la mayoría de naciones dicen reconocer– son sociedades abiertas, donde existe una opinión pública que puede hacerse oír y que influye en la vida política. Que presiona y señala a los gobiernos los límites fuera de los cuales la guerra ya no sería tolerable. Esa opinión pública fue la que derrotó a Estados Unidos en Vietnam y la que puede, si el movimiento pacifista se amplifica a los niveles de entonces, convertir en victoria la derrota de Sadan Husein, quien no tiene que enfrentar estos problemas (ya que en una dictadura totalitaria la opinión pública es una sucursal del Ministerio de Información).

La actitud de Gran Bretaña ha sido la más clara y resuelta entre todos los países de Europa. Pero verrán quienes creen que ello se debe a John Major y al ejemplo vivo de la señora Thatcher. Se debe a esas diligentes viejitas, que, en un ochenta por ciento, según las encuestas, apoyan la presencia de los aliados en el golfo. Como ellas, yo tampoco creo que la paz de hoy deba compararse con los apocalipsis y genocidios de mañana.

Londres, 13 de febrero de 1991.